

Carlos Muller

Prof. Fac. de Teología U. C.

M. Clemencia Baldrich

IV año de Teología.

JALONES PARA UNA TEOLOGIA DE LAS COMUNIDADES CRISTIANAS DE BASE

NO EXISTE una teología de las comunidades de base. Así como sucedió a menudo en la historia de Israel y de la Iglesia, aquí también la vida ha precedido a la reflexión, y las iniciativas carismáticas a las reglas y directivas.

La breve y densa Declaración de la Asamblea plenaria del Episcopado chileno (La Serena, junio 1969) tiene muchos elementos de reflexión y orientación a los cuales nos referiremos a lo largo de este artículo. Elegimos tres como hilo conductor:

- 1) La comunidad de base es un grupo de cristianos que supone una cierta homogeneidad territorial, ambiental o de afinidad personal (II, 1, a);
- 2) La comunidad de base hace presente a la Iglesia en el mundo de hoy (II, 2, c), y es una expresión de la Iglesia misma (II, Introd.);
- 3) Cristo está en medio de sus miembros (Prólogo).

Tendremos como guía de nuestra reflexión a un gran teólogo, Karl Rahner. No ha tratado explícitamente el problema de la comunidad de base tal como se plantea en Chile. Sin embargo, su teología tan rica ofrece bastantes jalones para iluminar nuestra marcha.

Es decir, este artículo no pretende ser una reflexión personal y exhaustiva. Tampoco puede ser totalmente adecuada a la situación de nuestro país, por ser la Iglesia de Alemania muy distinta de la de Chile. Sin embargo, pensamos que la eclesiología de Rahner, y especialmente algunos escritos suyos pre o post-conciliares, pueden ayudar mucho a los pastores y laicos responsables en su reflexión y esfuerzo por revitalizar a nuestra Iglesia, hacerla más fraterna y más atenta al mundo, y dar a cada uno de sus miembros la posibilidad concreta de desarrollar toda su personalidad cristiana.

1. LA COMUNIDAD DE BASE, ENRAIZADA EN LA COMUNIDAD NATURAL

En un estudio titulado "Parroquia y Empresa", escrito hace ya 15 años atrás (1), Karl Rahner, reaccionando contra un parroquialismo exagerado, toma la defensa de los grupos cristianos que emergen de una realidad natural (aquí, la empresa).

Consideramos solamente la parte histórica de este estudio, que muestra el rol importante de las comunidades naturales en la evangelización y en la pastoral.

Tras recordar que el hombre no es un Róbinson Crusoe, de tal manera que falta al realismo quien quiera alcanzarlo fuera de un grupo, K. Rahner investiga en el Nuevo Testamento cuál era **el lugar de impacto** de la evangelización.

"Un vistazo al N. T. nos permite una observación interesante: la Misión, en la época apostólica, practica tranquilamente, y en el más alto grado, el arte de utilizar toda la "trama" de relaciones sociales para alcanzar al hombre y proponerle la salvación cristiana. No vayamos a representarnos la Misión, en esta época, de una manera ingenua, como si, so pretexto de que todos están llamados a la salvación, ésta se orientara al individuo como tal. Cuando Pablo se instala en las esquinas o en una plaza pública para predicar, su auditor es naturalmente todo el mundo, los transeúntes o los curiosos del momento; en otras palabras, el hombre "atomizado" de la gran ciudad. Pero cuando predica en la sinagoga, tiene delante suyo, por definición, un medio sociológico, una comunidad ideológica compuesta de judíos y de paganos que ya han llegado a ser prosélitos judíos. Cuando una "casa", con todo su personal, abraza la fe cristiana a ejemplo de los dueños de casa, la base sociológica de este éxito misionero es la comunidad natural de la familia y de su domesticidad. Cuando Pablo alquila una sala pública para dar sus "conferencias", la gente que se percata de esta iniciativa compone, sociológicamente hablando, un público de un cierto nivel cultural, el que frecuenta con gusto las conferencias. Detrás de la comunidad primitiva de Jerusalén, que tenía a lo sumo entonces la conciencia de constituir una secta, o más bien quizás, una especie de fraternidad superior en el seno de la Iglesia del Estado Judío, se puede conjeturar que había, para servirle de soporte, fraternidades análogas, cuyo tono religioso elevado constituía un sector de reclutamiento particularmente escogido. De todas maneras, se ve emerger, del seno de la comunidad primitiva de Jerusalén, dos grupos sociológicos que le han proporcionado sus miembros: los Hebreos y los Helenistas.

Por supuesto, las comunidades apostólicas en Judea y entre los paganos podían, socialmente hablando, ser compuestas de la forma más abigarrada: de esclavos, artesanos, marinos, estibadores, comerciantes, tenderos, pequeños empleados, y de un puñado de cristianos venidos de las altas esferas de la sociedad (desde el propietario de inmuebles hasta el procónsul, sin hablar de algunos representantes de la clase dirigente del mundo religioso: judíos, sacerdotes, presidentes de sinagogas). Pero este hecho no

(1) En *Sendung und Gnade* (Misión y gracia), Innsbruck (ed. alemana). A continuación, mencionaremos varias obras de Karl Rahner de la manera siguiente: MG (*Mission et Grace*, Mame, París, 3 vol.; trad. castellana de los dos primeros, Dinor, Madrid); EPAC (*Est-il possible aujourd'hui de croire?*, Mame, París); EHA (*L'Eucharistie et les hommes d'aujourd'hui*, Mame, París); SC (*Serviteurs du Christ, Réflexions sur le sacerdoce à l'heure actuelle*, Mame, París, 1969).

significa que la época apostólica no haya conocido otra forma de misión, en el corazón de las masas, que la que consiste en alcanzar un gran número de individuos como tales.

La Misión no ha creado un grupo paralelo a los existentes: se ha apoyado en las agrupaciones humanas, y, lo que es decisivo para nuestro propósito, lo ha hecho en tal forma que se encontraba a sus anchas con cada uno de estos grupos, y que cada uno de ellos encontraba en ella acogimiento, siempre que hiciera posible una acción de la Misión sobre el individuo. Por lo tanto, la Iglesia local se sitúa al término de la acción misionera; no está, propiamente hablando, en el punto de partida de este trabajo. Por otra parte, para que hubiera Iglesia local, era necesario no una adición de hombres "atomizados", sino una mezcla extremadamente diversa de entidades sociológicas de la comunidad local. He aquí la base natural de la comunidad sobrenatural formada por los cristianos en la Iglesia. El genio misionero de San Pablo no estuvo sólo, teológicamente hablando, en el hecho de no dirigirse más a los judíos, sino en aquello de haber discernido sobre qué otro terreno sociológico (que el de una comunidad religiosa como lo era la de la Sinagoga) se podía alcanzar a los paganos.

A continuación, K. Rahner muestra cómo, en la época de la cristiandad, cuando se supone que la evangelización había terminado, era natural que la comunidad local constituyera el fundamento sociológico casi exclusivo de la predicación y de la pastoral de la Iglesia. Sin embargo,

...aún en los tiempos post-apostólicos, y hasta hoy, la actividad de la Iglesia no está ligada a un cuadro sociológico de carácter territorial (comunidades locales, parroquias...), ni para tomar ahí su punto de partida, ni para constituir sus comunidades de fieles. En efecto, se encuentra en el período de la Alta Edad Media, en lo que se llama la Iglesia particular, una verdadera mezcla de Iglesia local y de Iglesia de "empresa": es la Iglesia constituida por todas las personas vinculadas de alguna manera a un gran fundo, una Iglesia que reposa, por consiguiente, sobre una base económica, y no puramente territorial. En la medida en que las corporaciones medievales eran al mismo tiempo fraternidades religiosas, se tenía una asociación con finalidad económica, pero responsable, a través de la comunidad local, de un impulso religioso y de la educación cristiana de sus miembros... Los capellanes de la corte, los capellanes militares, los capellanes de los estudiantes, las misas escolares, la enseñanza religiosa en las escuelas, la pastoral de las minorías étnicas (sin hablar de otras especies de parroquias personales), los oratorios privados, las capillas domésticas, el apostolado de los misioneros itinerantes —el de la Iglesia primitiva (yuxtaponiéndose al del clero local) y el de los monjes viajeros escoceses e irlandeses de la Alta Edad Media—, la pastoral hecha en los monasterios y por los monjes mendicantes del Medioevo, la pastoral de los medios sociales traída a la época post-tridentina por las Ordenes de los Tiempos Modernos, las Ordenes Terceras, las Congregaciones (marianas y otras), los Oratorios, las Iglesias y la pastoral de peregrinación... son manifestaciones del hecho que la Misión de la Iglesia no se ha desplegado en el cuadro estrecho de la comunidad local y de la parroquia local, como si éstas constituyeran el comienzo y el fin de su acción; son manifestaciones del hecho que, junto al territorio, ha habido siempre otras entidades sociológicas que han suministrado una base natural para el establecimiento de comunidades cristianas, para la Iglesia y su apostolado. Se puede agregar, sin entrar en detalles, que el Derecho eclesiástico actual no restringe de ningún modo al principio parroquial (es decir, a un principio territorial) la norma fundamental de constitución de comunidades y de la estructura de la pastoral. Así como la práctica, la teoría profesada por la Iglesia reconoce, al lado del principio local, el principio de agrupación por afini-

dades sociales y el del "libre agrupamiento"; en otras palabras, de los grupos —en el plano religioso y eclesial— que no reposan sobre la identidad de domicilio sino sobre aquella del medio social y de la profesión de sus miembros, o, sencillamente, de sus afinidades personales.

Estas citas ilustran muy bien lo dicho en la Declaración de La Serena sobre la necesidad de "descentralizar" la comunidad parroquial, por ser ella incapaz, con sus solos recursos, de cumplir la misión de la Iglesia, y sobre el valor de los "grupos naturales" como punto de partida de las comunidades cristianas de base.

II. LAS COMUNIDADES CRISTIANAS DE BASE, EXPRESION Y PRESENCIA DE LA IGLESIA

Karl Rahner ha dedicado un artículo importante (2) —que vamos a resumir en las páginas siguientes— al comentario de dos frases pequeñas del N° 26 de la Constitución **Lumen Gentium**, que trata "del oficio del obispo de santificar"; un tema a primera vista bastante extraño al nuestro:

"La Iglesia de Cristo está verdaderamente presente en todas las legítimas reuniones locales de los fieles que, unidos a sus pastores, reciben también el nombre de iglesias en el Nuevo Testamento" (Hechos, 8, 1; 14, 22-23; 20, 17 y passim).

"En las comunidades (que existen alrededor del altar), por más que sean con frecuencia pequeñas y pobres, o que vivan en la dispersión, Cristo está presente, el cual con su poder da unidad a la Iglesia, una, católica y apostólica".

Estos dos textos tienen su historia, como lo relata el mismo Rahner, experto en la Comisión teológica conciliar. Fueron insertados en el texto primitivo a petición de algunos obispos, a cuyo parecer la Constitución adolecía de una falta de aterrizaje en lo concreto, no estando al alcance de la experiencia común de los fieles. La adición no encontró dificultades ni en la comisión teológica, ni en el aula conciliar.

(2) "Ueber die Gegenwart Christi in der Diasporagemeinde nach der Lehre des Zweiten Vatikanischen Konzils", en **Schriften zur Theologie**, vol. 8, 409-425 — La palabra griega "diáspora" significa "dispersión", y designaba en el mundo judeo-cristiano la situación de los judíos que vivían en medio de los paganos. Es muy usada por los católicos de Alemania para caracterizar las regiones de aquel país que tienen una gran mayoría de protestantes. Este artículo tiene su plena significación en este contexto, y no se puede aplicar tal cual a nuestro país. Sin embargo, en un mundo cuyo pluralismo ideológico y religioso se va acentuando en todas partes (aunque no con la misma amplitud ni con el mismo ritmo), el fenómeno de la "diáspora" tiende a tomar una significación universal; dicho de otra manera, aun en los países en que existe un bloque sociológico de cristianos (católicos o no) bastante homogéneo, hay amplios sectores humanos en que la fe cristiana y la presencia de la Iglesia son muy débiles. Por eso, este artículo es interesante aun para nuestro país.

IGLESIA UNIVERSAL E IGLESIA LOCAL.

A continuación, Karl Rahner examina la relación, a la cual aluden estos textos, entre la Iglesia universal y la Iglesia local.

Hay que reconocer el mutismo casi general de la teología corriente al respecto; sólo menciona —sin más— la aplicación en el Nuevo Testamento de la denominación "Iglesia" a la comunidad local. La encíclica **Mystici Corporis** de Pío XII representa para la eclesiología un paso importante, pero menciona las comunidades locales como puras "partes" de la Iglesia.

Por lo tanto, el Vaticano II aporta algo nuevo. No dice, por supuesto, que la comunidad local es simplemente **la** Iglesia. No dice tampoco que sería un substituto o un fraccionamiento de la Iglesia, pero sí que **la Iglesia está presente en ella**, sin explicar más el cómo.

Karl Rahner reconoce que esta relación tiene algo misterioso, participa del misterio mismo de la Iglesia. Trata de dilucidarla por un proceso lógico que tiene tres etapas (3).

La Iglesia no es una entidad abstracta e intemporal, una "idea" platónica. Tiene un carácter existencial, es "acontecimiento", debe realizarse, volverse concretamente lo que es: así, p. ej., cuando el Papa dirige una encíclica a todo el mundo sobre un tema concreto; cuando algunos santos o carismáticos de todo tipo destacan notablemente un valor evangélico y lo encarnan en la vida del mundo. Pero el acto en que la Iglesia concretiza todo lo que es, es la **celebración eucarística**. Aquí, en efecto, no se trata de individuos, sino de una comunidad de discípulos de Jesús, con todos los elementos que la constituyen. El "celebrante", y la mención obligada de la comunión con el obispo y el Papa, manifiestan su estructura jerárquica. La asamblea proclama su unión con su Señor en la fe y amor (audición de la palabra de Dios y de la homilía, profesión de fe del "Credo") y la unión de sus miembros entre sí (acogida, actitudes y oraciones comunes, canto, perdón de las ofensas, beso de paz, participación del mismo pan en la comunión del Cuerpo y Sangre del Señor). Sobre todo, la celebración eucarística representa (en el sentido más fuerte de la palabra) y recapitula todo el ser de la Iglesia: su origen (la Muerte del Señor), su acción presente y su fin aquí abajo (ser el sacramento de la salvación del mundo, el lugar de la esperanza humana absoluta, la fuente de un dinamismo poderoso para transformar las estructuras del mundo en el sentido del designio de Dios, para empujarlo hacia su meta última, la vuelta del Señor, "Dios todo en todos" (4).

Entonces, sigue Rahner, no hay celebración eucarística sino por una asamblea reunida **en un mismo lugar**. Por lo tanto, la Iglesia no existe "en acto" sino en un lugar determinado; y la Iglesia local, lejos de ser el resultado de una "atomización" del espacio universal ocupado por la Iglesia considerada en su conjunto, es más bien **una concentración de la Iglesia** al actualizarse.

Rahner aplica estas reflexiones a la diócesis y demuestra, de esta manera, que el obispo no es un funcionario del Papa sino que ejerce, **jure divino**, en un lugar determinado, la totalidad de las funciones de la Iglesia; hace presen-

(3) Cf. una larga exposición de este tema en **MG 2**, cap. 2, 27-33 (ed. franc.).

(4) Cf. **MG 2**, cap. 2, 58-60 (ed. franc.).

te a la Iglesia en un marco geográfico y cultural determinado, supuesto que este conjunto tenga una riqueza y heterogeneidad humana suficiente para representar a la Iglesia como capacidad de asumir y salvar todo lo humano (5). Lo mismo vale, *mutatis mutandis*, de la parroquia (o de la semiparroquia), pues la celebración eucarística es un elemento esencial de ella, y la asamblea parroquial es, por definición, la reunión de todos, esencialmente heterogénea. De ahí el valor y dignidad de la parroquia (6).

Por lo tanto, no se puede, en esta línea de pensamiento, llamar "Iglesia" a cualquiera asamblea de cristianos, aun reunidos alrededor del altar: es preciso que ella presente una heterogeneidad suficiente. De todas maneras, hay que abrir los grupos infra-parroquiales o especializados hacia grupos más numerosos y diversificados, hacia la parroquia, la diócesis y la Iglesia universal: por ej., en la "oración de los fieles", pero, sobre todo, por la participación más o menos regular en celebraciones eucarísticas más amplias, a la escala de la parroquia, del decanato, de una ciudad, de la diócesis.

IGLESIA Y CRISTIANISMO VIVIDO

Sin embargo, el mismo Nuevo Testamento llama "Iglesia" a ciertos grupos muy restringidos (Rom. 16, 5; 1 Co. 16, 19; Fm. 2). En otro artículo, Rahner desarrolla un tema que podría fundamentar teológicamente esta apelación. Aplica la distinción clásica entre el signo y lo significado a la Iglesia. El signo es su aparato litúrgico, societario y jurídico; lo significado (es decir, la realidad) es lo que viven sus miembros: "la gracia de Dios, las energías divinas de la vida teologal, la fe que libra al hombre de su horizonte demasiado estrecho para introducirlo en el misterio supra-luminoso de Dios, la esperanza incondicionada en sus promesas infinitas, el amor que lleva al hombre a dejarse caer en el abismo insondable del amor de Dios. Cuando estas actitudes interiores, radicales y propiamente revolucionarias están vividas en la alegría, comunicadas a otras personas (sea entre cristianos en la oración común, por la palabra carismática de edificación y consuelo, sea a los demás, por el testimonio apostólico), y penetran todas las dimensiones de la existencia humana (la familia, la profesión, la vida cultural, social, cívica y política), para integrarlas al Reino de Dios, para hacer de todo esto el cuerpo del Verbo encarnado... **tenemos la Iglesia en lo que tiene de más íntimo**. No es la Iglesia en el sentido total de la palabra, por falta de expresión sacramental, jerárquica y jurídica. Pero no es tampoco una Iglesia "invisible", porque estas actitudes abiertamente cristianas representan **aquello mismo** que se manifiesta, según la voluntad expresa del Señor, en el aparato societario de la Iglesia" (7).

(5) Cf. **MG 2**, cap. I, 33-45 y sobre todo K. Rahner - J. Ratzinger, **Episcopado y primado**, col. *Quaestiones disputatae* (Herder). En este estudio, K. Rahner analiza extensamente esta dualidad extraña de poderes (o, mejor dicho, estas dos expresiones —una personal, la otra colegial—, del poder supremo en la Iglesia), sin equivalente en las sociedades humanas. El hecho de que, a lo largo de la historia, nunca una expresión haya eliminado a la otra, llevando al totalitarismo o a la anarquía, es un signo de que existe un factor supremo de equilibrio y síntesis, el Espíritu Santo.

(6) Cf. **Constitución sobre la Liturgia** (Vat. II), N° 42, y Karl Rahner, **La Paroisse** (Cerf, París).

(7) Cf. **MG 3**, cap. I, especialmente 20, 21, 26-27, 28-29.

III. LA COMUNIDAD DE BASE, PRESENCIA DE JESUCRISTO

Con la presente reflexión llegamos al centro del artículo que estamos resumiendo. Rahner analiza con profundidad el segundo texto citado más arriba.

“En las comunidades (que existen alrededor del altar), por más que sean con frecuencia pequeñas y pobres, o que vivan en la dispersión, Cristo está presente, el cual con su poder da unidad a la Iglesia, una, católica y apostólica” (LG, N° 26).

Aquí se trata, por supuesto, de todo tipo de comunidad cristiana; y la pequeñez, pobreza y dispersión se deben entender tanto en el sentido moral como físico. Por lo tanto, este texto se puede aplicar no sólo a las comunidades rurales muy restringidas y aisladas, sino también a las urbanas, cuando se forman en medio de una masa indiferente o muy lejana de la fe cristiana auténtica. Por lo demás, los lectores de K. Rahner saben qué lugar importante tiene, en su problemática pastoral, la situación de “diáspora”, característica general de la Iglesia de hoy (8).

¿COMO ESTA JESUCRISTO PRESENTE?

La presencia de la Iglesia en la comunidad local implica la de Cristo, lo que Rahner demuestra por todo el contexto y con su propia reflexión.

Según el contexto, lo que confiere a un grupo de cristianos un carácter eclesial no es sólo su vínculo con el obispo y con la Iglesia universal, sino también los elementos fundamentales, constitutivos de la Iglesia: el anuncio del **Evangelio**, la celebración de la **Cena del Señor**, el ejercicio concreto de la **caridad**. El anuncio del Evangelio, en efecto, más que dirigirse a cristianos ya físicamente reunidos, los reúne espiritualmente (en la fe) (9); la Cena del Señor, más que ser el acto de la Iglesia, es ella la que hace la Iglesia; y el amor fraterno es la manifestación, en un lugar determinado, del amor que constituye la Iglesia, sacramento de la salvación.

Entonces, dice Rahner, es el **Espíritu Santo** quien sintetiza estos tres elementos, porque, según el mismo texto (un poco más arriba), los grupos locales son, cada uno en su territorio, “el pueblo nuevo llamado por Dios en el Espíritu Santo y acabada plenitud” (cf. I Tes. I, 5). Anunciar el Evangelio a los creyentes (o a hombres bien dispuestos) es otra cosa que hablar del Evangelio a hombres curiosos de exégesis, historia o literatura religiosa. Es una “energía” (dynamis) de Dios, es la fuerza del Espíritu Santo que actúa en el que habla (para darle convicción y fervor) y en el que escucha “para mover el corazón y convertirlo a Dios, abrir los ojos de la mente y dar dulzura en el asentir y creer en la verdad” (10). Por su lado, la Eucaristía se realiza por el

(8) Cf. sobre todo **MG I**, cap. I.

(9) Cf. Vat. II, **Decreto sobre la vida y ministerio de los presbíteros**, N° 4.

(10) Cf. Vat. II, **Constitución sobre la Revelación divina**, N° 5. La última parte de la cita es un texto del Concilio de Orange (529).

poder del Espíritu Santo, infunde este Espíritu, y no serviría de nada sin la fe, que es obra del Espíritu (11). Por fin, el amor que reina en la comunidad no es sino el mismo Espíritu.

Así aparece claramente la lógica del pensamiento conciliar: por actualizar en las comunidades locales la presencia de la Iglesia, y por ser esta presencia obra del Espíritu de Jesucristo, el mismo Cristo está presente en estas comunidades (12).

Rahner trata de profundizar esta presencia a partir de la eclesiología conciliar, que distingue (pero sin separarlos) dos planos —el visible y el invisible— en los que se puede considerar a la Iglesia (13). Corresponden a dos categorías teológicas clásicas, la del signo y de lo significado (el "sacramento" y la "res"): por un lado, en efecto, la Iglesia es un conjunto de realidades exteriores y, por otro lado, la comunión de los redimidos con Dios y entre sí; y estos dos aspectos revelan las dos formas en que Dios se ha comunicado a los hombres: en Jesucristo, su manifestación sensible e histórica, y en el Espíritu Santo el cual obra en el corazón la aceptación —en la fe y en el amor— del mensaje y de la salvación de Jesús (14). Entonces, la Iglesia se distingue de la Sinagoga por el hecho de que en ella el signo y lo significado tienen una unidad indefectible. Es decir, que nunca en su conjunto la Iglesia se apartará de la verdad y de la santidad de Dios (15); lo que expresamos al decir que la Iglesia es la manifestación escatológica del designio de Dios: este designio no es solamente propuesto (en Jesucristo), sino aceptado (en el Espíritu Santo).

Lo dicho de toda la Iglesia vale también, *mutatis mutandis* (16), de las comunidades particulares. Por consiguiente, no se debería decir sólo que Jesucristo **está presente** en ellas, sino que la comunidad **es la presencia** de Jesucristo.

(11) Cf. Jn 6, 63, y **Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros**, N° 5.

(12) San Juan habla indiferentemente de la venida de Jesús (14, 18, 19, 23; 16, 17) y del Espíritu Santo (14, 16, 26; 15, 26). El texto conciliar no insiste especialmente en la "presencia real" de Cristo procurada por la consagración eucarística. En efecto, esta presencia no se debe considerar como una realidad en sí, sino relacionada con el conjunto del culto (cf. lo dicho al respecto en la Const. sobre la Liturgia, N° 5, sobre las varias maneras cómo Cristo está presente en la Liturgia) y ordenada a la presencia íntima y habitual de Cristo en el Espíritu Santo (cf. **EHA**, 159-163). En una conferencia dictada en el marco del Congreso internacional de Teología (Roma, octubre 1966), Rahner, comentando este texto de la Const. sobre la Liturgia (**Schriften zur Theologie**, vol. 8, 395-408), muestra que no hay varias presencias de Cristo, sino una sola, con varios grados; el de la proclamación de la Palabra; el de la vida teologal (fe, esperanza y amor); el de los sacramentos; por fin, el más elevado e intenso de la Eucaristía. Lo específico de la presencia "real" en la Eucaristía consiste en lo que es una presencia substancial, bajo unos signos, del cuerpo y sangre del Señor en el misterio de su Muerte y Resurrección, y en lo que esta presencia tiene de carácter esencialmente eclesial, conforme a lo dicho en la segunda parte de nuestro artículo. Sobre este tema, cfr. también **SC** 29-31, 59-62, 75-76, 252-255.

(13) Cf. **Lumen Gentium**, N° 8.

(14) Resulta que la economía del designio salvífico de Dios es trinitaria: la Trinidad se revela a través del cómo Dios actúa hacia nosotros. Esta perspectiva es básica en toda la teología de Rahner.

(15) Cf. **Lumen Gentium** N° 39; **Denz.** 1794.

(16) Sobre todo cuando se trata de comunidades demasiado restringidas y poco estables.

¿PARA QUIEN ESTA PRESENTE JESUCRISTO?

A continuación, Rahner plantea el problema del **para quién** Jesucristo está presente en la comunidad cristiana. Se trata por supuesto no de una mera presencia local, sino de una presencia salvífica.

Hay que contestar, en primer lugar: **para su comunidad misma**. Pues la Iglesia no es solamente mensajera y portadora de la Salvación, sino que necesita ella misma de salvación. Dicho más concretamente, quien anuncia el Evangelio debe él mismo escucharlo, y eso no lo puede sino en el Espíritu Santo; quien preside la Eucaristía debe él mismo recibirla (comulgar); quien ama a sus hermanos no lo puede sino por el poder del amor con que Dios lo ama a él mismo.

Sin embargo, según una idea fundamental de toda la Constitución **Lumen Gentium**, la Iglesia es el sacramento de la salvación **del mundo** (17). Pero esto se debe entender no en el sentido de que la Iglesia sería un signo exterior totalmente heterogéneo respecto a quienes no son sus miembros —así como un réclame de propaganda que les propusiera la salvación— sino en el sentido de que la Iglesia representa en el plano visible, social e histórico, **aquellos mismos** que viven confusamente, de hecho, un número de hombres que sólo Dios conoce, y que no pertenecen visiblemente a la Iglesia; resulta que ellos también participan, pero sin saberlo claramente, en la constitución del signo-Iglesia. Por lo tanto, cada comunidad cristiana indica, por así decirlo, el eje de marcha de la humanidad, el sentido último de su evolución, representa una anticipación de su porvenir (18).

LA PEQUEÑA COMUNIDAD, PRESENCIA PRIVILEGIADA DE JESUCRISTO

Todas estas consideraciones son aptas para reconfortar las comunidades “pequeñas, pobres y dispersas”. Pero, según Rahner, lejos de decir que Cristo está presente **aún** en tales comunidades, se debería afirmar que lo está en ellas de una manera privilegiada. Aquí, hay que pensar en I Cor. I, 26-31, cuando San Pablo, recordando a los cristianos de Corinto su pequeñez numérica y su falta de prestigio social, recalca la soberanía de Dios, que elige a quienes quiere, manifestando así que El es el único Salvador.

Por lo demás, esta salvación llega al hombre por el único camino de la **cruz**; de tal manera que la cruz es el “denominador común” de todas las actividades de la Iglesia. El Evangelio, en la medida en que se lo predica auténticamente, es “signo de contradicción”; la liturgia, lejos de ser una pompa exterior que revele algo de la gloria invisible de Dios, es la representación de la Muerte del Señor; el amor vivido por los cristianos de una manera real es la experiencia amarga del carácter brutal y sin piedad de la existencia humana (19). Entonces, las pequeñas comunidades dispersas, por la contradicción

(17) Cf. **Lumen Gentium**, N° 1, 9, 48, 59; **Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia**, N° 1, 5; **Const. sobre la Liturgia**, N° 5, 26; **Gaudium et Spes**, N° 46.

(18) Cf. **SC**, 122-123.

(19) **Ibid.** 134, 142; 261-262; **EHA**, cap. 6, *passim*

que despierta su fidelidad al Evangelio, realizan de una manera impresionantemente esta afinidad de la Iglesia con el misterio de la cruz (20).

Por fin, según Rahner, la situación de **"diáspora"** es **congénita a la Iglesia**, y una característica de su situación presente y futura. Es congénita, porque aun siendo el signo del Reino, la garantía de que este Reino está actuando en el mundo, el lugar en que "resuena el grito de la esperanza absoluta" (21), de la "esperanza contra toda esperanza" (Rom. 4, 18), no coincide con el Reino, es, tal como Cristo, "signo de contradicción" no sólo en la conciencia individual de sus fieles, sino en el plano social e histórico. En otra época —la de la cristiandad— tal contradicción venía desde afuera (los Turcos, las herejías, en gran parte nacidas de las corrientes filosóficas o místicas del paganismo). Hoy día (y mañana más todavía), por estar la Iglesia extendida por todo el mundo, la contradicción se ubica en todas partes, la Iglesia se vuelve —en grados distintos, por supuesto— en todas partes en una situación de "diáspora" (22).

Esto no significa de ninguna manera que deberíamos regocijarnos, acelerar aquel proceso, renunciar a la labor apostólica y misionera y a la pastoral de masas, refugiarnos con miedo en un rincón de este mundo indiferente u hostil (23). Al contrario, el hecho de ser el signo de la salvación **del mundo** dará a la comunidad consciente de tal elección el sentido de su responsabilidad, pero también un sentido de humildad, por ser ella nada más que signo, porque sólo Dios obra la Salvación, y la puede obrar aún en los que no pertenecen a la Iglesia como realidad socio-histórica (24). En otras palabras —así concluye Rahner— "quien capta la diferencia entre la Iglesia (signo de la salvación del mundo) y la salvación misma (que se realiza, en la Iglesia, para la Iglesia misma y para el mundo) se da cuenta de que la situación de "diáspora" no es solamente una situación histórico-sociológica, sino **un dato teológico esencial y permanente**.

(20) Aquí Rahner hace referencia a una serie de textos conciliares que, "con una intensidad no tan grande como lo habrían deseado sobre todo obispos franceses y sudamericanos, recalcan esta relación entre la Iglesia, la cruz, la pobreza, etc."

(21) Cf. **SC**, 24.

(22) Cf. **MG I**, cap. 1.

(23) Al comienzo del artículo que resumimos aquí, Rahner dice expresamente: "No se trata de glorificar teológicamente la situación de "diáspora", por resultar ella, hasta cierta medida, del pecado, sino de aceptarla —en la fe— como una manifestación de esta misteriosa "necesidad" a que Jesús se refiere (Luc. 24, 28), y de disminuir su gravedad por una voluntad y labor misionera". Además, quien haya leído suficientemente las obras de Rahner capta todo el dinamismo pastoral, apostólico y misionero que brota de ellas. La síntesis de estos dos polos de su pensamiento (el cristianismo "anónimo" de muchos hombres, por un lado, y el deber del apostolado hacia ellos mismos, por otro lado) es análoga a aquella de la necesidad de la fe y el sacramento. Recalcar la necesidad de uno no es disminuir el valor del otro, como si fueran dos caminos paralelos entre los cuales uno podría elegir a su gusto. Sobre esta síntesis, cf. **MG 3**, 28-31 (nota 5); 81 (nota 17), y un resumen en Charles Muller, Herbert Vorgrimler: **Karl Rahner, vida, obras y pensamiento** (París, Fleurus), 161-164. Cf. también un estudio especial sobre el "cristianismo anónimo" en **Schriften zur Theologie 6**, 545 s.

(24) Cf. **Lumen Gentium**, 15-16; **Decreto sobre el ecumenismo**, 3; **Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia**, I, 4, 7.

LA PEQUEÑA COMUNIDAD EN LA IGLESIA DE MAÑANA.

La mayor parte de los cristianos están todavía muy lejos de tales perspectivas, pues la palabra "Iglesia" evoca en ellos más bien una organización mundial poderosa que la comunidad reunida alrededor de la Palabra, de los sacramentos y de la ley del amor fraterno. Queda muchísimo que hacer hasta que alcancen tal experiencia de la Iglesia. Sin embargo, está llegando el tiempo en que lo dicho en el texto conciliar aquí comentado —un texto profético, como lo llama Rahner— se va a aplicar al conjunto de la Iglesia.

En las comunidades en que resuena la Palabra, se hace la anamnesis de la muerte del Señor y se practica realmente el amor fraterno, el cristiano de mañana experimentará lo que es la Iglesia. Entonces se dará cuenta de que estas comunidades "no son algo que 'sucede en la Iglesia', sino la actualización **de la Iglesia**".

Por cierto, sabrá que la Iglesia no puede ser el lugar de la predicación, de la Eucaristía, del amor fraterno, sin tener una estructura; pero ésta no será considerada como un valor en sí, sino como una condición indispensable una de las cuales es una realización de la Iglesia, tomarán conciencia de su unidad (aun en el plano exterior y social) con todas las demás, por ser éstas también la sola y única Iglesia de Cristo, y se darán también cuenta de la imposibilidad de conservar auténticamente la Palabra (que hace a Cristo presente) sin unidad y amor entre todas las comunidades, lo que supone un ministerio jerárquico, un magisterio y una autoridad pastoral a escala universal (25). Así llegarán a la experiencia de la Iglesia tal como la describe la Constitución **Lumen Gentium**: no como una federación que resultaría de la suma de las iglesias particulares, sino como **la** Iglesia, lugar privilegiado de la Verdad y del Amor de Dios, el "estandarte de los pueblos" en el mundo y en la historia. Sin embargo, el cristiano del mañana experimentará lo que es la Iglesia en primer lugar en su comunidad particular, cual sea su pequeñez numérica, su mediocridad humana, su aislamiento físico o moral, por ser ella la presencia del Señor muerto y resucitado a través de la Palabra acogida con fe, de los sacramentos que actualizan **hic et nunc** esta Palabra, del amor fraterno que es la traducción concreta de ella.

Al terminar, Rahner recalca las **perspectivas ecuménicas** de esta óptica; pues las pequeñas comunidades cristianas —católicas o no— ofrecerán amplias posibilidades no sólo de encuentros amistosos y de acciones en común, sino también de diálogo sobre las verdades centrales de la fe (el Evangelio, la Muerte y Resurrección de Jesús, el amor fraterno), aunque no se las entienda y viva con la misma plenitud (26).

(25) Cf. un sugestivo capítulo de **SC** (Significación del ministerio jerárquico, sobre todo 21-31) en el que Rahner, usando su método de análisis transcendental, demuestra la necesidad del poder jerárquico a partir de la naturaleza de la comunidad cristiana.

(26) No se trata, por supuesto, de caer en un "sincretismo cristiano". "Al comparar las doctrinas, recuerden que existe un orden o 'jerarquía' en las verdades de la doctrina católica, ya que es diverso el enlace de tales verdades con el fundamento de la fe cristiana" (**Decreto sobre el ecumenismo**, N° 11).

CONCLUSION

En este artículo, tan rico y matizado, encontramos las ideas fundamentales de la Declaración de la Asamblea de los obispos de Chile en La Serena sobre la comunidad cristiana de base, "expresión de la Iglesia misma", "presencia de la Iglesia", "portadora de la misión de la Iglesia", "convocada por la Palabra de Dios", "alimentada por la Eucaristía u orientada hacia ella", "animada por un hondo sentido de unión fraterna y de espíritu de servicio hacia la humanidad", "vinculada con el ministerio jerárquico, al margen del cual se desvanece la comunión eclesial", "integrada, por fin, en la comunión con otras comunidades cristianas de base, con las expresiones más amplias de la vida eclesial (parroquia, movimientos apostólicos, diócesis) y con toda la Iglesia y sus pastores", pues "no se puede pretender la única y exclusiva expresión de la eclesialidad", y "tanto la pastoral de masas como las parroquias son necesarias para conservar la amplitud católica de la comunión y para acoger a muchos verdaderos cristianos que por una u otra razón no están integrados en las comunidades cristianas de base".

Otro tema interesante, al que también alude la Declaración de La Serena, sería el de la comunidad de base como síntesis de dos dimensiones de la condición humana y que conserva todo su valor en la cristiana: la personal y la comunitaria. Rahner ha tratado en varios lugares este problema difícil, pero de gran trascendencia y actualidad en el contexto socio-cultural-político de hoy. En un libro pequeño, ya un poco antiguo, pero "profético" (27), denuncia el peligro del individualismo y del colectivismo en la Iglesia misma. En otro lugar (28), con un análisis filosófico-teológico profundo y muy rico en consecuencias pastorales concretas, muestra que lo individual y lo comunitario no se contradicen, sino que se complementan, y que la "célula" es el lugar de encuentro entre ellos y una prefiguración de la vida eterna, cuando cada uno "alcanza al máximo su propia personalidad, pero incluyendo también a todos, pues Dios es a la vez Uno y Todo, y su Reino es aquel del amor, el cual une al libertar y distinguir" (29).

(27) **Peligros en el catolicismo**, col. Cristianismo y hombre actual, 21-93.

(28) **MG I**, cap. 3.

(29) **Peligros en el catolicismo**, 59.